

Dar que reír al demonio



CUENTO NAVIDEÑO DE HUMOR TORDOS A LA "POMPADUR" POR PEDRO MONER TRIAS

TOTAL, que da pequeño los había comido. Y cuando llegaron las Navidades de aquel año, pude conseguir ahorrar una pesetilla con las cuales decidí darles el chasco a mi mujer y a mis hijos y celebrar la Nochebuena a base de tan suculento manjar. Por que en verdad, cada vez que en el seno de mi familia se hablaba de exquisitos condimentos, invariablemente, sacaba a relucir yo, aquellos famosos tordos, a la «Pompadura» que comi en ocasión ya difícil de puntualizar.

Me costó cierto trabajo encontrar persona que supiera aderezarlos; pero gracias a mi pertinaz empeño, logré por fin dar con un cocinero que indudablemente poseía conocimientos suficientes para satisfacer el más privilegiado estómago.

En aquel entonces disfrutaba yo en alquiler de una casa muy modesta situada en las afueras de la población, en la que íbamos a pasar algunos sábados y domingos, y algún que otro día festivo.

La víspera de aquella Nochebuena, que ya se desdibuja en mi memoria, di instrucciones a mi mujer para que con nuestros hijos saliera para la casita de campo y preparara con su diligencia habitual, algunas cositas típicas de tales fiestas hogareñas. Por mi parte había quedado con el cocinero que a las siete de la tarde me llegaría hasta su casa y recogería los tordos.

Terminados mis quehaceres, emprendí a pie el camino de la casita, distante algo así como unos cuatro kilómetros de la capital, en donde yo trabajaba inexplicablemente ya que tenía gran ilusión por dar el chasco con los tordos, olvidé éstos, y a punto de llegar a mi destino, me



di cuenta del tremendo olvido. Malhumorado rehice el camino y me dirigí presuroso a casa del cocinero quien, antes de entregarme los tordos, me pareció del caso ilustrarme con una conferencia demostrativa del arte culinario que era menester para lograr aquella obra que, a decir verdad se presentaba apetitosa. Me hice con la docena de tordos, cada uno de los cuales iba encerrado —como inerte ayunador de feria— en su correspondiente urna de gelatina, y empujé de nuevo el camino con los pajaritos, empaquetados.

Con tales idas y venidas, y tantos enredos, la noche se vino encima. ¡Y qué noche Dios mío! Un ligero viento frío de tramontana, traía de la próxima sierra nevada, corpúsculos acuosos congelados, y un cejaje de color panza de burra, hacía cobrir una inminente lluvia. El camino discurría en un mar de soledades y yo, cohibido por el tiempo

fraciado— Le explicaré. Acaban de mandarme a un recado urgente, y... bueno, se lo voy a confesar, como tenía un miedo que no podía con él, me dije: «allá vá un hombre; pues yo detrás de él. Una buena compañía no tiene precios.

Reaccioné enseguida y juntos los dos marchamos alegremente hasta llegar a mi casa, en donde, mi mujer y mis hijos, presos de gran ansiedad, me esperaban ya desde hacía bastantes horas.

Comí los tordos; que naturalmente, después del sueto pasado, me hicieron daño. Desde entonces, cada año celebro la Nochebuena, como Dios me envía.



El peluquero y Samuel (a coro): ¡Felices Pascuas! Samuel.—¡Lo he dicho yo, artest!



EN EL COLEGIO —Dime un caso de coincidencia Pepita. —Mi papá y mi mamá, que se casaron el mismo día.



—¿Has estado en casa del médico? —Sí. —¿Y ha divinado lo que te tenías? —Exactamente: tenía cien pesetas y cien me ha pedido.



—¿No ve usted que el río apenas lleva agua? —¿Y qué importa? Tampoco yo se vadar.



—¿Por qué construirán la Estación, tan lejos de la ciudad? —Seguramente lo harían para que estuviera más cerca de la vía.



—Que suerte la tuya Adolfo, acabas de ganar una bicicleta en el concurso de palabras cruzadas.

N.º 23

Honda

Suplemento dominical de Baleares

Las Navidades en Mallorca

Por Gaspar Sabater



La parte material —los olivos, las cuevas, las calas— han absorbido la parte espiritual, casi ahogándola. El desbrozamiento se impone. ¿Hasta cuando preferiremos un olivo a un Cuadrado? Creo que la elección no es difícil de hacer.

Dentro esa parte espiritual del alma mallorquina cabe destacar aquellas manifestaciones que, teniendo por base el sentimiento religioso, se muestran en toda su grandeza temperamental. Entre ellas, son las dedicadas a las fiestas navideñas, las que más sabor ofrecen. Una fecha como ésta, no podía pasar desapercibida a los mallorquines, eminentemente devotos y creyentes. ¿A eso hay que llamarlo demasía? No tengo por qué decirlo contrario ahora. Por lo que

so, es decir calendario mallorquín— de más honda trascendencia que ésta en la que se conmemora la venida al mundo del Hijo de Dios? Los anales de la historia mallorquina señalan a ese día con letras de oro. Los hechos conmemorativos que podría citar son numerosos. Todos ellos precaban en forma palpable, el sentir del pueblo mallorquín en ese día de tanta significación. El sentimiento religioso no es, en Mallorca, una entelequia. Es un hecho consumado y real.

¿Cómo son las Navidades en Mallorca? ¿Cómo celebra el pueblo mallorquín tan fausto acontecimiento? He dicho al principio votos y creyentes. ¿A eso hay que llamarlo demasía? No tengo por qué decirlo contrario ahora. Por lo que

"Alégrense los Cielos y regocijese la Tierra a la vista del Señor, porque viene" -- (Ps. 2-7)

En el principio, hizo Dios el mundo de las criaturas. He aquí que este mundo entaló divorcio al Señor, se distanció de él, y, desde entonces, vivía estremecido en la tiniebla. Pero ha llegado la sazón del regocijo. Nunca podrá apreciarse en su justeza el misterio teológico de la vuelta de Dios. Sería preciso que el corazón humano tuviera capacidad divina, pudiera captar la potencia amorosa del Señor. Porque el Señor retorna a sus criaturas, no en esporádica visita, no en revista superficial, sino que llevando al límite la divina cortesía, asume nuestra propia condición y se somete a nuestros mismos rigores. «Sirvos de señá que hallareis al Niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebrén, anuncia el Ángel. Y así vino al mundo la espléndida manifestación de la Omnipotencia, desnuda su carne sonrosada, con escarcha en sus bucles dorados, pobre y aterido, para que ninguna gala mundana hiciera sombra de oropel a la Gran Verdad de su sencillez. No obstante, toda criatura es convocada a la inefable alegría del acontecimiento. «Alzad, príncipes, vuestras puertas, y vosotros, engrandeceros, puertas eternas y hará su entrada el Rey de la gloria, se dice en la Vigilia. En la noche feliz de la Natividad, el Ángel recorre los apriscos y alborota a los pastores con la dulce nueva. En tanto, en el cielo constelado reina la estrella prodigiosa que anunciará a los cuatro puntos cardinales el suceso. Dios ha venido. Una Virgen adolescente lo ha parido y lo estrecha gozosa entre sus brazos. El infante tiende sus labios con ansia al pecho repleto. Fluye leche blanquísima de un pecho humano a una boca divina. La comunión de Dios y el mundo se ha consumado. El Niño, satisfecho, abandona la ingenua tetilla, se vuelve un poco y se adormece con una sonrisa en su rostro adorable.

respecta a las Navidades, cabe señalar un hecho: el hondo espiritualismo que preside esta conmemoración. Las Navidades son, en Mallorca, eminentemente religiosas. No se conciben de otra forma. Un sentido religioso es el que informa los actos que se celebran en este día. En Mallorca, no hay estridencias mundanas, ni intenciones pecaminosas. Todo es humildad y recogimiento. Lo profano no tiene cabida en un mundo como el nuestro, en que los pastores: illos de barro y el canto de la Sibila, son las columnas vertebrales que sostienen el edificio de las fiestas navideñas. Contrario a lo que ocurre en muchos sitios, en que este día es considerado como un día bullanguero y profano, en Mallorca lo es de meditación. ¿Acaso la vida al mundo del Mesías no exige esa honda meditación, ese hondo e íntimo sentir que experimentan los mallorquines ante esta fecha por todos conceptos gloriosa?

Ese espíritu religioso se pone de manifiesto, a su vez, en la misma infancia feliz y soñadora. ¿Quién es el niño que no ha hecho un nacimiento en el rincón más íntimo y recogido de su casa? Todos hemos sido niños y todos hemos hecho nacimientos. Grandes y fastuosos unos, humildes y sin pretensiones, otros. Pero todos hemos sentido esa necesidad, esa imperiosa necesidad de ofrendar al Hijo de Dios el testimonio de nuestra veneración. ¿Por qué será eso? ¿Por qué esa generalización de tan saludable costumbre? Al espíritu religioso que anima a nuestro pueblo, debemos tan sanas y provechosas inclinaciones.

Las Navidades son en Mallorca, navidades religiosas, eminentemente religiosas. ¿No es esto, acaso, el mejor sello que podríamos dar los mallorquines a ese día?

El ingenuo artificio de las canciones de Navidad

Por Elena Villamana

Estamos en Navidad; en los Conventos, en las Catedrales, en las Iglesias, han ensayado los Villancicos del Nacimiento; en los más apartados rincones, en aquellas aldeas donde toda la solemnidad reli-

curiosas se han inventado para arrullar al Niño y al escucharias os parecerían la obra de un poeta turista que hubiera querido dedicar su modalidad a la composición de villancicos.

A la chibirivruela, /—Ma ríoue. /a, /a la chibirivruela /vuela.

O este ojo: «Bien sabes amor mío, /láile que te querrete, /que te quiero más/ que la lluvia el sembrado, /la paga el soldado/ y el que ha zozobrado al puerto llegar, /no, no, /sí, tal, /que te querrete/ que te quiero más.

Hay en otros un movimiento en giosa litúrgica de esta noche, se reducen a una misa sencilla, sin acompañamiento musical, también el sacristán y los chicos del pueblo, han preparado sus panderos, los hierros y las zamponas, para alegrar un poco el nacimiento del Niño.

Desde hace muchos años se repite semejante escena, porque la iglesia, en la ceremonia de esta noche, admitió desde muy antiguo, pastores con sus pellicos, sus zurrónes y su cayado, que danzaban delante del Niño y acompañaban el relato del milagro con sus instru-

las palabras un ritmo en el verso que resultan alados, dinámicos con una cadencia de música y de danza:

Aire y donaire, gitanillas, al baile, al baile, toca y repica sonajuelas y castañetas, anda, corra, vuela, siga —Ay que tamaño!

No le llega Juanico al zapato —Ay que zagala! Cuanto va que es su madre sin [falta,

La temática presenta las mismas variedades que forman las figuras de un nacimiento: el anuncio de la

Mingo.—¿Qué nuevas son Blas Macías?

Blas.—Son, que sepas que es bajado, de las sillas celestiales el que cura nuestros males.

Mingo.—¿Cómo lo sabes, zagala, que es nacido tanto bien?

Blas.—Porque yo le vi en Belén más lucente que un cristal.

Si examináis los Guardernos de Villancicos de los Conventos, las obras de los poetas religiosos y las muchas figuras eumbres de

Buena Nueva a los pastores que guardaban sus rebaños, el camino de Belén, los presentes de las gentes sencillas, la Epifanía; todo el simbolismo que el misterio del Niño-Redentor puede sugerir a la inspiración cristiana: la exultante alegría de la Naturaleza, (¡ay que cosa tan linda /que gracia, que risa! /ver la Aurora tan festiva/ y al sol como un niño verter lagrimitas) el revuelo de los ángeles en el cielo, los arrullos de la Madre: (Pues andáis en las palmas /ángeles santos/ que se duerman mi Niño, /tened los ramos); y junto a ellas como una punzante espina que amargará los jubilosos transportes del Cielo y de la Tierra, el recuerdo del Calvario. En las manos y en los pies tenía heridas abiertas /en el

nuestra lírica, os sorprenderá una poesía risueña y saltadora, de metros cortos, de ritmos ligeros, giosa unas veces de refranes, estilización otras de temas populares, llena de candorosa ingenuidad, de impulso evocando el misterio que se realizó en aquella cruda noche.

Las frases onomatopéyicas más

costado una llaga, /sobre su frente una estrella/.

También abundan las imágenes tomadas de la vida pastoril que

crystalizan en la estampa evangélicas del Buen Pastor:

—¿Qué buscáis en la noche helada, gloria y lumbre de mi vida? —Busco la oveja perdida que falta de mi manada.

El viejo tema del amor, ya gastado en requiebros a personas adolescentes, se rejuvenece al ser utilizado en la decoración de motivos del Niño, perdiendo su carácter fuertemente erótico, adelgazándose en conceptos rientes y alegres:

—Ay zagales, venid, que me muero de amor!

¿Qué padeces zagala? ¿Qué suspiras, pastor?

Que me muero de amor de haber visto a un zagal

que esta noche nació, con quien es sombra el día, con quien es niebla el sol.

Un grupo muy nutrido abunda en expresiones populares, en imágenes tan sencillas, que recuerdan las toscas figuras de barro pintado que un niño pobre coloca en un remedo de Belén: «Yo le traigo un requesón/ del tamaño de un melón».

Los copos de nieve tan lanudos eran.

que pudiera hilallos Bellita en su ruceta.

O la nota familiar, llena de diminutivos populares comparando a Jesús con San Juan:

Bras.—Juanico diz que ha de ser el mayor que hay entre nos.

Gil.—Este otro dicen que es Dios, mirad que tiene que ver. Andan por como del halo ángeles que dicen de El

que Juanico el de Isabel aún no le llega al zapato,

Junto a ellos, en fuerte contraste, otros, luciendo las más delicadas metáforas: «Caido se le ha un clavel/ hoy a la Aurora del seno, ¡Qué glorioso que está el heno/ porque ha caído sobre El». O los conceptos más tutils: dirá Calderón:

Este blanco vellón breve, que al cielo esta noche estuvo, tanta sed de morir tuvo como si él no fuera nieve.

Y hasta las contorsiones ideológicas más atrevidas, lindando con el ojhiste:

Niño que podarme vida, te pusiste mi vestido,

bien que te viene nacido, más no es hecho a tu medida

Traerásle toda la vida sin mudar otro vestido, más andarás encogido, por ser hecho a mi medida

equivocados que únicamente la sólida fé de nuestro Siglo de Oro podía to-

lerar, porque el estilo barroco dejó su perfil de época en este gran relato del Nacimiento donde se dejan oír en curiosa mezcla, melodías folklóricas, imágenes refinadas ritmos de cadenciosa musicalidad, detalles de tosa ingenuidad, fruto de un imperativo de fé y de un aliento de lírica ternura humana, que ha ligado los tiempos primitivos de nuestra literatura con los poetas actuales que gustan de cincelar sus

estrofas con la nostalgia de infantiles recuerdos de Belén

ELENA VILLAMANA

Palma, 17 de diciembre de 1944

Rosalía

Erase una vez...

En aquella ocasión casi igual a todas las Nochesbuenas. La Noche aquella, buena para unos, pésima para muchos más, presentábase con sabor trágico con los vientos de inclemencia. Días atrás había nevado copiosamente y de la ciudad provincial desapareció su fisonomía peculiar para ofrecer un nuevo cariz con la albuza de la nieve. El frío era intenso. Las gentes arropadas según convenia, preparaban la espera de su noche de maitines congregados al calor y a la luz de la lumbre que despedían los gruesos leños encendidos en los espaciosos hogares; familiarmente, siguiendo el rito secular de la tradición navideña. El jolgorio y la alegría imperaban por doquier. Pobres y ricos, a la medida de sus disponibilidades, con la honestidad de una fé viva centrada en el corazón de cada uno por cientos de generaciones creyentes, esperaban el toque alegre de las campanas de la parroquia, invitando a sus feligreses a reunirse para elevar sus rezos de gozo y sus villancicos de amor, por el nacimiento del amor de los amores. A pesar de la desapacible noche, de tanto en cuanto perdíase con las rátagas ventosas, la copia sentida de un mozo rondador y el rasgueo de unas guitarras.

Las voces ingénuas de los niños que velaban y las entrañables de los mayores, en la entonación de sus canciones de bienvenida, fueron apagadas por el fragor lejano de la tormenta que días llevaba amenazando irrumpir. Podía traducirse como un mensaje de poderío por el advenimiento entre los mortales del Hijo del Eterno. A la paz ambiental que siguió a la nevada la naturaleza desencadenando en desorden sus elementos, bramó fiera. El cielo negro negrisimo, pesado, voló sobre la miserable tierra toda la condensación de sus humores mal contenidos. La lluvia copiosa, espesa, atravesada por el incesante desbridar de los rayos, iluminada con brillo eegante por el relampagueo, caía pertinaz, torrencialmente. Más allá, la mar bravía abrazaba furiosa los pies gigantescos de los acantilados, uniéndose así, al retumbar del trueno pavoroso, el ronco gemir de su furia. Cielo y tierra y mar parecían haberse conjurado para preluir un apocalíptico fin. A la lluvia siguió la ventisca y los leños crepitaban con más vigor, presintiendo quizá el recrudescer atmosférico. (Nochebuena hogareña salmodiada con cánticos de poder!

Aquel veinticuatro de diciembre, preludio de paz entre los hombres y de glorificación al Señor, rondaba amenazante como una fatalidad, el desmoronamiento anímico de Rosalía, la sobrina del Registrador. No era, no, para ella de gozo y alegría la recién inaugurada vigilia universal. Sobre la sensibilidad muy femenina de Rosalía gotaba torturante la hiel de un íntimo sinsabor. La hermosa niña sufría callada, con resignación, el despotismo familiar a que la sometiera la demasiada pronto advenida orfandad. Era una tortura continua la inflexibilidad de sus ojos, la tiranía calculista de su prima Leonor, casada con ventaja, el histérico ordenamiento de tita Luisa, solterona mandamás, la opresión dosificada siguiendo un plan aprobado de mancomún que sobre su titucionada querencia ejercían

cuantos la rodeaban. Rosalía luchaba sola, desamparada, sin tener un deudo comprensivo a quien recurrir, en defenderse de su amor, aquel entrañable amor que tan subrepticamente anidó en su alma, iluminándola con destellos de sublime felicidad. El mal que aquejaba a la heroína era ese que no se localiza y que se cura haciendo entrega del corazón.

Todo el drama trágico de la desdichada estaba fundamentado en ese amor primerizo arraigado con fuer-

no desdichaba la cuestión. Pasaba revista perspicaz a cuantos jóvenes conocía que pudieran ser posibles sobrinos. Por fin se decidió, comunicándole a su mujer:

—Ya tengo a nuestro hombre. «Nuestro hombre», era Luis, el hijo de los Carvajal, abogado de la última hornada, calavera empedernido, jugador, borracho y mujeriego; pero ahítas las arcas de buenas talegas. Era indiscutible, al entendimiento del consejo familiar, que Luis era un excelente partido.



za invencible. Rosalía amaba apasionadamente, sin freno, más que a sí propia, a un hombre, a un pobre hombre, a un hombre gris, Rosalía había entregado todo su ser al ideal de su vida. Amaba a Jesús, el joven cronista de sociedad del periódico local. Contra la opinión fría, calculada material, de los suyos, Rosalía consagróse a ese ideal al que había ajustado su existencia, como a un rito sagrado, quemando el óleo perenne de la lámpara votiva sentimental, en lo más profundo de su esencia.

Rosalía vivió feliz, eufórica, con fiada, correspondida con idéntica pasión, hasta el fatídico día de su inesperado noviazgo.

Los puestos de figurillas de barro en el mercado comienzan a brotar. Preséntese en el ambiente la sublime fiesta decembrina como un augurio fausto. Don Rogelio, el registrador, ha escogido la víctima que ha de unir a perpetuidad con Rosalía. Ya es una joven casadera y hay que aliviar la carga, cada día más agobiante, del quebrado cabeza de familia. La chica no tiene desperdicio; es joven hermosa, educada y honesta y las menos insospicadas cualidades de ética ortodoxa, bullen en ella con rico caudal. La casa de un buen marido no ha sido difícil. Un día, la registradora consorte anunció al esposo:

—Hay que casar a Rosalía, los años pasan y la juventud no se recupera.

El hombre grave repitió maquinalmente:

—Hay que casar a Rosalía. Y no se preocupo más, en apariencia, del asunto. Sin embargo,

apesar de sus virtudes tan poco santas. Así el bocado de rey que es Rosalía se ofrece al gourmet y cae rondido. La pieza está lograda, Luis asedia la plaza, tan debilmente defendida por la doncella y con la complicidad de los defensores, la rinde.

El tornadizo y fiamante togado cuenta una victoria más y la dignidad una ventura menos. La joven acepta, a costa de su dicha al hombre aquel que se le impone que le repugna Jesús el periodista de porvenir, es eliminado de la vida activa de Rosalía sin ningún preámbulo. «Yo soy tuya, no puedo ser de nadie más — le dice Rosalía en una estrofa de despedida— Junto a otro, yo me moriría de asco. ¡Me unen a otro cuando saben te quiero más que a mi misma! Todo el naufragio espiritual, de la cordura del diosesillo cegalo se condensa en unas pocas palabras. Jesús, el sentimental Jesús se muere de pena.

Rosalía ve cómo se apaga la luz jubilosa de sus rutilantes pupilas y la color encendida de sus mejillas. Se ha truncado sin compasión el acervo de sentimientos acumulados con deseo y cariño; y esta iniquidad supera su fortaleza. Rosalía ama y odia sin reservas para sí; lucha tenaz por vencer la villanía, aquella venta ignominiosa tramada mientras la mantenían, a ella, la interesada lejos de toda intervención. Rosalía es una mercadería peregrina de buen cotizar, que se ofrece a un ventajoso postor. La dignidad humana, es un lastre; no tiene cabida en la viscera cardiaca de los mercaderes, que enlodan con

su codicia calculada la pureza de la virgen.

Días de desespero, de mortal angustia, siguen para la infeliz, al día de su compromiso con Luis. La vigilancia severa a que se ve sometida impide cualquier contacto con el amante repudiado; la continuada compañía del novio, acrecienta su tierra de liberación. Fuerzas antagónicas chocan brutalmente en su retorcido espíritu; agotada, deja que su voluntad vencida se someta al imperativo del noviazgo. Ha perdido, finalmente, toda facultad de obrar, no consigue la reacción, se deja llevar por el hado adverso. Sin sentir amor, apaga su odio para cultivar la indiferencia. En Rosalía no hay amor, ni ilusión, ni deseo para su prometido; hay costumbre, tolerancia. En el fondo, se le puede soportar como cualquier bestia del bosque soporta a sus congéneres pacíficos.

La fecha de la boda ha sido fijada para en breve. No hay tiempo que perder. Si mañana se da el interés en solventar definitivamente la situación de su sobrina, no menos tustiga el doblegado libertino para que se realice. Don Rogelio tiene buena cuenta de aprovechar la coyuntura y ordena lo pertinente del caso con la mayor celeridad. En el ático del menester no andan desocupadas ni la tia soltera que de su vivir hizo un outfit narcisista, ni la prima mandona. La niña sentimental, en la mañana aquella con reflejos nevados, predecesora del Nacimiento siente sobre sus sienes la gravitación de la corona de azahar y uno, con insconciencia, su vida destrizada al cuerpo gastado de Luis.

Mucho fiesta por todo lo alto, grauerias, vinos y manjares; pero no bastó todo ello para que la sonrisa iluminara el rostro de la desposada padeciendo por el dolor.

La noche navideña promesa de paz, llevaba en sus vientos de inclemencia, sabor de tragedia. La tormenta, arrollaba y la ventisca inextinguible, atomizada a través de los muros, en el cuerpo de los hombres. Cuando más intenso era el furor de la naturaleza soliviamiana, una figura de mujer atraviesa la ciudad, camino del acantilado. Corría alocada, medio desnuda, en lucha titánica con la majoza del tiempo feroz. Su silueta desgarrada, iluminábase de vez en cuando el resplandor de los relámpagos. Frente al mar bravío al borde mismo de las breñas, páse su desasosgado correr. Era el mismo lugar donde por vez primera, en una radiante noche de plenilunio, recibió su palo sedoso el primer osculo de un puro amor. Luego cayó rendida.

Poco después, un rayo fulminante, acabó la obra. La chispa antojadiza como una caricia ardiente, le atravesó el corazón.

Rosalía comenzaba su noche de bodas.



Cuento germano de NAVIDAD.

POR PEDRO FERRER GIBERT.



Erase la Nochebuena y ahora, como el año anterior, y el otro y el otro, se estaba preparando el árbol tradicional en el salón contiguo, de donde salía esplendente iluminación y en el que se oía femenino cuchicheo, y el ruido de pasos menuditos y frecuentes, que acusaban el atareamiento propio de tal empresa.

La habitación estaba incomunicada del salón-chimenea por pesado tapiz, que ocultaba a la curiosidad impertinente la ejecución de los menesteres que precedían a la presentación del árbol.

Y no estaría de más tal precaución, porque al poco rato vi asomar las rubias cabeceas de los niños, quienes con paso furtivo se dirigían a levantar una punta del tapiz para fisgonear qué era lo que se hacía con el árbol de promisión.

—¡Niños! —les increpé— no seáis curiosos, ni atrevidos. ¿A qué habéis venido? vamos a ver, ¿qué es lo que buscáis?

Quedáronse los pobrecillos perplejos, aturridos, sin saber qué resolución tomar, cual si sus pies se hubiesen aferrado a la alfombra.

Al cabo de un buen rato saltó el mayorcito diciendo:

—Pues, veníamos a que nos contaras un cuento, ¡pero, bonito! ¿sabes? muy bonito y que no haga llorar.

—Si es así, sentaros a mi vera y atended, que ahí va el cuento. Había en una aldea, cuyo nombre no hace al caso, un matrimonio muy bueno, fiel cumplidor de los preceptos, de las leyes divinas y de las ordenanzas humanas; trabajador y honrado a carta cabal, caritativo cual lo permitía su posición modesta; se querían entrañablemente, pero... pero, que con todo, no eran felices. ¿Qué cuál era el motivo de su desdicha? Pues el no haber podido conseguir un bebé como vosotros.

Y contad con qué fervor y con qué asiduidad se lo habían pedido a Dios, invocando su omnipotencia!

En eso llegó la Nochebuena y todas las ventanas de las chozas y cabañas de la aldea resplandecían de luz y todas las chimeneas arrojaban humo crujido de chispas, acusando la alegría y el regocijo familiar que reinaba en su interior.

Nevaba pausadamente, copiosamente, y pronto espesa sábana de nieve cubrió el suelo, hasta llegar a la altura de los arbustos del jardín que rodeaba la morada del matrimonio sin ventura. Ovió se el rechinar de la puerta y vióse salir al marido, quien cruzó el jardín, dióse un golpe en la frente, cual si hubiese acudido en aquel momento una idea luminosa a su cerebro: refunfuñó algo que debía ser expresión de alegría; frotóse las manos y penetró de un salto en la cabaña, de donde salió al poco rato arrastrando a su mujer a viva fuerza.

—¡Pobrecita! ¡Con el frío que hacía! ¡Con tanta nieve! —expuso el mayor de los niños—, al paso que los demás hacían ¡brrrr! soplándose las manecitas y arri-

mándose más y más a la chimenea.

Arrastrando a su mujer —proseguió— a la que expuso la idea de pasarse la Nochebuena levantando una estatua de nieve, que representara el cuerpo de un recién nacido. La mujer titubeó ante aquella extraña proposición, tentóse la cara, amoratada por el frío, y acabó por ir recogiendo puñados de nieve, que iba amontonando, a la vez que su marido iba tomándola a manos llenas y labrando la estatua.

Al ir a trazar la línea señalando la boca del pequeño, un soplo cálido, algo así como una bocanada de aire caliente, hirió la mano del escultor, quien la retiró

casal —exclamó la vieja, penetrando en la cabaña con la niña en brazos y dando saltos de alegría.

El marido quedóse un buen rato en el jardín frotándose la frente, restregándose los ojos, dudando si soñaba o si estaba despierto; presa de una zozobra inexplicable.

Nieves, que así plugo a la madre adoptiva llamar a la pequeña, creció y se desarrolló con una precocidad asombrosa, quedando muchacha al poco tiempo en una muchacha que era la admiración de la aldea, así por sus prendas personales como por su bondad y sumisión a sus padres.

Pasó el invierno, los jóvenes marchaban gozosos al bosque pa-

fiesta mayor, tan deseada por la gente moza.

Muchachos y muchachas fueron a invitar a Nieves para que les acompañara al bosque; su madre se opuso de momento temerosa de que le ocurriera alguna desgracia; mas luego consintió, ante la súplica reiterada de los muchachos y desposó al mismo tiempo de distraer a la enferma.

Las mozas, júblicas, coronaron sus testas con guirnaldas tejidas con flores silvestres y los mozos hicieron buen acopio de ramas secas, que amontonaron en pilas.

Al tramontar el sol los picachos de la sierra, prendióse fuego a aquella pirámide de leña seca, colocándose muchachos y muchachas en hilera, preparándose a saltar por sobre las llamas, Nieves ocupaba el último puesto de la fila.

—¡Cuidado! ¡Alerta! —dijéronla sus compañeras. —Salta después que nosotros.

Una, dos, tres... Y saltaron todas, chillando y riendo, cruzando las llamas.

De pronto se oyó un grito de muerte. Miraron atónitos a su alrededor, mozos y mozas, y no vieron a Nieves. ¿Qué había pasado? ¿Se habrá escondido? Vamos a buscarla.

La buscaron en vano por todas las lindes del bosque. Acogojados, desesperados, fueron a reunirse mozos y mozas en el cruce del camino que conducía a la aldea, de donde marcharon silenciosos y cabizbajos hacia sus casas.

—Quizás haya ido a reunirse con sus padres; los quiere tanto, la pobrecilla, que no sabe estar separada de ellos largo rato —acertó decir un muchacho.

—¡Quizás! —murmuraron sus compañeros, aferrándose a esta idea, como última esperanza.

—Mas no, no era así, puesto que en la aldea nadie la había visto llegar.

Se la buscó de día y de noche; al siguiente y al otro día; se la buscó en las casas contiguas al bosque; en los barrancos y precipicios; en las chozas de los pastores; entre los matorrales más espesos; ¡pero en vano!

Los pobres padres estaban desesperados, locos, pasándose día y noche por el bosque gritando: —¡Nieves! ¡Nievecitas! Nadie contestaba a este angustioso llamamiento. Nieves había desaparecido para siempre.

—Y, a dónde había ido a parar? ¿Acaso las fieras del bosque la habían devorado? ¿Tal vez algún ave de rapiña la había remontado al picacho de la sierra, para comérsela?

Nada de eso, hijos míos.

En el preciso momento en que Nieves saltó sobre las llamas, evaporóse, transformándose en ligera nubecilla que se elevó hasta el cielo, donde, con su bondad suma, con su obediencia y cariño acendrado a sus padres, se había conquistado eterno sitio.

(Del libro «Flyte»).



con gran sorpresa; sorpresa que subió hasta la estupefacción al ver que sucesivamente iban apareciendo unos ojos vivarachos, unos labios encarnados cual las propias rosas y una atrosa naricilla.

—¿Será obra del diablo? —preguntábase el marido, mientras se signaba y persignaba una y cien veces.

—No; no lo es. ¡Es un milagro! ¡Un milagro de Dios todopoderoso, que ha querido darnos un hijo para alivio de nuestra vejez! —respondía la mujer llena de júbilo y presta a abrazar al bloque de nieve, el que se derretió al contacto de sus brazos, mientras quedaba presa entre ellos una encantadora criatura.

—¡Oh! ¡Nievecitas! ¡Nieves querida! ¡Tú trases la felicidad a esta

ra entonar sus cánticos a la diosa Primavera; pero Nieves no quiso acompañarles. Cada día se ponía más triste; se volvía más taciturna y hurfana.

—¿Qué tienes, chiquilla de mi alma? —¿Estás enfermita? ¿Te han dado algún maleficio? preguntaba ansiosa la madre.

—No, mamita; no tengo nada —contestaba Nieves—, mas la niña se extenuaba y se volvía palliducha, demacrada.

Las últimas nieves de la sierra se habían derretido; la Naturaleza ostentaba todas sus galas. Nieves languidecía más y más.

Corona de Villancicos al Niño Dios

Clavel de Aurora

Caído se le ha un clavel hoy a la Aurora del seno; ¡qué glorioso que está el heno porque ha caído sobre él!

Cuando el silencio tenía todas las cosas del suelo, y coronada de hielo reinaba la noche fría, en medio la monarquía de tinieblas tan cruel caído se le ha un clavel.

De un solo clavel ceñido la Virgen, Aurora bella al mundo le dió, y ella quedó cual antes florida. A la púrpura caída siempre fué el heno fiel: caído se le ha un clavel.

El heno, pues que fué digno, a pesar de tantas nieves, de ver en sus brazos leves este rosicler divino, para su lecho fué lino, oro para su dose; caído se le ha un clavel.

LUIS DE GONGORA

Pues andais en las palmas...

Pues andáis en las palmas ángeles santos, que se duermen mi Niño, tened los ramos.

Palmas de Belén que mueven alados los furiosos vientos que suenan tanto: no le hagáis ruido, corred más paso, que se duermen mi Niño, tened los ramos.

El Niño divino que está cansado de llorar en la tierra por su descanso, sosegare quiere un poco del tierno llanto, que se duermen mi Niño, tened los ramos.

Rigurosos hielos le están cercando; ya veis que no tengo con qué guardarlo. Angeles divinos que vais volando, que se duermen mi Niño, tened los ramos.

LOPE DE VEGA

(De «Los pastores de Belén», 1612).

Canción del Ruiseñor

Allí en el establo, cerca del portal, el ruiseñor canta por la Navidad: ¡Flor del lirio, lirio, flor de blanco lirio!

—¡Por qué ahora cantas si oigo al Niño llorar? —Porque con mis trinos le quiero consolar. —¡Por qué trinas meciéndolo, y por qué llorando estás? —Porque el mundo que tanto ama, no lo ha querido aliviar. Los tres reyes se fueron, los pastores se van y si ellos le dejan, las ovejas, ¡qué harán? Pajarillos de plumas: venid al Niño a adorar, ¡qué ya no vienen los hombres la noche de Navidad!

Allí en el establo, cerca del portal, el ruiseñor canta mientras llorando está: tanto llora y suspira, que sobre El quieren cantar. ¡Flor del lirio, lirio, flor de blanco lirio!

JACINTO VERDAGUER

(De «Cánticos», 1889).

Viva la gala de la zagala, viva la gala. De la graciosa morena, viva la gala, de gracia y de gracias llena, viva la gala. que en aquella Nochebuena, viva al mundo de la mala: libró al mundo de la mala: viva la gala de la zagala, viva la gala.

JOSE DE VALDIVIEVO

(De «Ensaladilla de Navidad»).

Canción de Navidad

La Virgen María penaba y sufría... Jesús no quería dejarse acostar... —¿No quieres? —No quiero.

Cantaba un jilguero, sabía a romero y a luna el cantar. La Virgen María probó si podría del son que venía la gracia copiar.

María cantaba, Jesús la escuchaba, José que aserraba, dejó de aserrar...

La Virgen María cantaba y reía, Jesús se dormía de oír la cantar.

Tan bien se ha dormido que el día ha venido, inútil ha sido gritarle y llamar...

Y... entrado ya el día, como él aún dormía para despertarle ¡la Virgen María tuvo que llorar!

EDUARDO MARQUINA



Villancico de Dios en los Cabos

Suenan atambores, suenan, suenan, [suenan] gaitas, chirimías, cuernos y vihues. [las]

—Dígame, Rey Mago quién le trajo aquí, —De mi torre pina estrella que vi. —Y a ti, pastorcillo, ¿quién te lo anunciaba? —Por mis soledades un Ángel pasaba... Escribeb cerraron puertas y ventanas. Huyen mercaderes de visiones vanas. Para calar pronto si viene el Señor, cúdate ser Mago si no eres pastor.

¡Oigan los señores oigan oigan, Dios está en los cabos: los cabos se tocan. [tocan.]

EUGENIO D'ORS



PEDRO CALDERON DE LA BARCA

Pues el Rey de los Cielos...

Pues el Rey de los Cielos viene a dar vida, demos mil parabienes a la parida. Pues en un portal nace tan desnudo, y el invierno crudo le tiene mortal, y pues nuestro mal le quita la vida demos mil parabienes a la parida.

FRANCISCO DE AVILA

Este blanco vellón leve... Este blanco vellón leve que al hielo esta noche estuvo, tanta sed de nieve tuvo como si él no fuera nieve. Las perlas que el alba bebe, yo, que he merecido verlas, en nacar he de cogerlas porque tengan a un compás si aquesto de nieve más esto también más de perlas. La concha que al sol concibe el llanto del alba bella para que se cuaje en ella se abre cuando vive. También después se abre, pues, qué será que ésta que ves conciba, y quedarse quiera antes y después entera, intacta antes y después.

Y para más argumento, aún no ha de quedarse aquí la experiencia; si es Señor mucho pedir, advertid que es desaire del poder pedir poco, y es decir que no se atreve a fiar quien no se atreve a pedir.

Otra vez pohgo el vellón donde lo hallé; permitid que la seguridad mañana se enmiende con esparcir por todo el orbe el rocío, y solamente no aquí, porque ésta piel una vez sola le ha de concebir mostrando que esa es bastante a fecundar y lucir, todo lo demás haciendo renacer y revivir, desde ja más alta copa hasta la menor raíz.

PEDRO CALDERON DE LA BARCA

RESUMEN DE LO PUBLICADO

Luis de Osuna, aristócrata joven y calavera, que reside en X. sorprendió, casualmente, extraños espectáculos en el interior del palacio de los Duques de Colmenar. Investiga el pasado de la casa y comprueba que en 1901 la Duquesa propietaria casó con don Felipe Cordelero y Santullano, profesor de Física, que un año más tarde tuvo el matrimonio una hija, y que la Duquesa falleció después del alumbramiento. Desde entonces, el viudo y su hija, con alguna servidumbre, viven encerrados en su palacio de X. Han transcurrido 20 años. Luis, intrigado por los misterios vistos y presentidos, soborna a un criado y penetra en el palacio, siendo testigo de una extraña representación a base de las tantas magorías más inimaginables. Por casualidad, la joven entra en la habitación que cobija a Luis, quien tiene la oportunidad de salvarla de un atentado grosero de que es objeto por parte del ayudante del doctor. Pero la muchacha le obliga a marcharse de prisa, so pretexto de graves peligros que le amenazan. Cada vez más interesado, Luis ordena a un abogado amigo presente demanda para que la justicia ampare a la joven, pero no lo consigue porque el Administrador, que se aprovecha de la reclusión del profesor y su hija, tiene organizada la tutela de la joven. Trata de penetrar de nuevo en el palacio, pero el administrador ha sustituido al intendente que le facilitó el acceso anteriormente por su propia hija, y esta toma el pelo a Luis. Decidido a todo, acompañado por su criado, llega de noche a la calle donde está emplazado el palacio, emborracha al sereno que había recibido órdenes severas de vigilancia, y penetra en la casa por una ventana, con su criado bastante borracho y lleno de miedo. En la oscuridad de los pasillos, el criado se extraña, y por encontrarlo, Luis recorre media casa topando en una habitación con el viejo mayordomo del palacio, Antonio, el cual le conduce a las habitaciones inferiores, en una de las cuales precisamente el pobre criado pasaba en aquellos momentos el rato peor de su vida.

(Continuación)

Pero la mujer debía tener un oído finísimo, porque volvió el rostro hacia donde se hallaban nuestros amigos. Y tan pronto los advirtió, dió un grito potente y echó a correr hacia adentro de la casa. Pero si el grito no tuvo virtud para conmovier a Luis, hizo en cambio comparecer a otro habitante de la casa: Tula, la vieja de tocas que ya hemos conocido en otra ocasión, abrió despacio una puerta, muy cerca de Luis y el mayordomo, y llamó quedadamente:

—¡Rosa! ¡Rosa!

El mayordomo se adelantó. La mujer dió un salto atrás cuando le vió por la sorpresa, pero se repuso enseguida cuando el mayordomo le explicó la situación:

—Nos ha visto y se ha asustado. Pero tanto como la otra, se asustó Tula cuando Luis se adelantó del rincón. Y sus nuevas averiguaciones, se metió prestamente en la habitación de donde había asomado y cerró la puerta de golpe. El mayordomo rogó a Luis:

—Volvamos arriba. Górriz puede venir. Pero los sucesos parecían condenarles a permanecer quietos. El contrahecho ayudante apareció por el pasillo, andandog abogado, con los brazos arrastrando por el suelo, como un cuadrupedo. A la espalda, sobre el bulto considerable de la jiba, colgaba un bulto de algún tamaño. Cuando llegó a la puerta de la cátedra, manipuló la llave y trató de abrir. En aquel punto un nuevo incidente reclamó la atención hacia otro lado. Una voz femenina pronunció el nombre de Antonio suavemente. El mayordomo volvió la vis-

Tula, la vieja de tocas, que asomando las narices le invitó a entrar. Como el mayordomo hiciese un gesto de reparo, Luis se adelantó decidido y traspuso el umbral. El anciano le siguió silenciosamente. Conducidos por Tula, atravesaron una salida que recibía luz de la puerta del fondo. Esta daba entrada a un habitáculo galanamente amueblado, al estilo isabelino, con un rincón de chimenea delicioso. A la esquina de un diván se habían amontonado de prisa algunas labores blancas. El hogar estaba encendido. Luis tomó asiento, sin ceremonias, en una butaca. El mayordomo permaneció de pie en la puerta. Tula, después de atizar el fuego, se retiró también y desapareció por un lateral.

Luis, presintiendo una entrevista con la

—Estoy muy contenta de que hayas venido. El otro día no podíamos hablar, porque era día de experimentos. Pero hoy no. Hoy podemos hablar toda la noche. Me puedes contar muchas cosas que estoy rablando por saber. Siéntate, siéntate. ¿No te quieres sentar? ¿Por qué me miras así?

Luis la contemplaba risueño. Hablaba como una niña de ocho años y estaba encantadora. El cabello suelto, le coigaba rizado hasta media espalda. Se había vestido precipitadamente un conjunto blanco, ajustado a la cintura y al busto y amplio de falda. Correspondía a una moda lejana, pero señorial. Ella se dejó caer, rebotando, jugueteando, sobre la butaca.

—Siéntate aquí, —ordenó graciosamente—. Yo no se nada de nada, estoy aquí

ta y se apartó de Luis, acercándose a la puerta por donde se había esfumado Tula. Por la puerta, entreabierta, salió de nuevo la vocécita:

—¿Quién está contigo, Antonio? Tula está asustada.

Antonio se acercó a la rendija y cuchicheó en voz baja. Un grito de júbilo correspondió a la explicación que sin duda daba. Luis se acercó al mayordomo para inquirir la causa, pero antes de hablar, ambos cruzaron el patio con la mirada, comprobando que el ayudante había desaparecido en el interior de la cátedra. La muda interrogación de Luis no tuvo respuesta. Los dos permanecieron unos segundos plantados, ante la puerta entreabierta. Al fin compareció otra vez

hermosa duquesa, se refocilaba en su asiento, dirigiendo de cuando en cuando miradas gozosas al mayordomo, cada vez más confuso. Poco duró la espera. La puerta se abrió y apareció la muchacha, dando los últimos toques a su atuendo. Luis se levantó y se inclinó para saludarla, pero se quedó de una pieza cuando al levantar los ojos advirtió a la preciosa chiquilla que se abalanzaba hacia él, le rodeaba el cuello con sus brazos y le besaba en una mejilla. Tula miraba espantada desde un rincón. El mayordomo, hecho un poste, tosía impertinentemente. Luis, répuesto de la primera sorpresa, se quedó mirando a la muchacha vivamente admirado. Ella deslizo los brazos y to-mándole una mano le invitó a sentarse:

encerrada, y me tienes que contar muchas cosas del mundo, de las mujeres, de los hombres.

Luis se sentó en el diván, donde ella le hacía sitio. El mayordomo le miraba, cada vez más espantado, pero mudo según estaba acostumbrado a obedecer los caprichos de la pequeña. Luis comprendiendo su situación, le dirigió una mirada tranquilizadora, y volviéndose a la chiquilla le dijo:

—Bien. Estoy a sus órdenes. Vamos a ver. ¿Le interesa primero que le diga cómo se visten las mujeres de hoy? ¿Cuáles son sus costumbres? ¿Cómo se divierten, qué es lo que les hace sufrir, qué es lo que les emociona?

—Sí. Todo eso me interesa mucho. Pero primero, dime como les gustan las mujeres a los hombres. Porque en los libros que he leído he visto que los hombres se enamoran de las mujeres, por esto o por aquello. ¿Es ahora lo mismo que siempre?

—Lo mismo que siempre —respondió Luis—. Yo creo que como Dios dirige las cosas de este mundo y del otro...

—Ya me explicarás eso del otro mundo luego, eh? Sigue, sigue... interrumpió la Duquesa.

—Creo que hay muchas cosas que tengo que explicar a Vd.

—No me digas usted. Aquí todos me llaman Irene, y solo dicen Excelencia cuando hablan a papá y usted cuando hablan a Pío. ¿Ya sabes quién es Pío, no? —y se echó a reír al decir esto.

—Ya lo sé —contestó Luis—. Me gustaría que usted, digo tu, perdóname, me dieras tu opinión sobre él.

—Déjalo ahora. Dime, dime eso de los amores.

—Pues decía que, como Dios dirige las cosas de este mundo, tiene decidido que un hombre cualquiera se case con una mujer determinada, precisamente con aquella. Cuando los dos se encuentran y se casan, pues son felices. Si el hombre se casa con otra o la mujer con otro, pues son desgraciados.

—Hombre, me gustaría saber ahora qué hombre me tiene señalado Dios a mí. Pero, escuchame. Como no sé que hombre tiene que ser lo tengo que buscar. ¿Cómo se encuentra al hombre?

—No es difícil. Buscas entre los que conoces, y aquel que más te guste será tu hombre.

—Hasta ahora el único que me ha gustado ha sido tu.

—Porque no has conocido a ningún otro.

—Claro que he conocido. Figúrate, todos los que están en casa. Pero son viejos y feos, ¿verdad?

El mayordomo perdió su aplomo y sonrió en el umbral.

La Duquesa continuó preguntando:

—¿Pero, tengo que mirar uno por uno a todos los hombres para ver cuál me gusta? ¿No son muchos, muchos, los hombres?

—Muchísimos. Pero no tienes que examinar a todos. Cuando encuentres el que está destinado para tí, el corazón se te encenderá apasionadamente, y desde ese momento toda su vida será para el hombre, estarás siempre pensando en él, soñarás con él, querrás estar siempre con él.

—¿Sabes que eso me está pasando contigo desde el otro día? ¿Pero esto no será que estoy enamorada, verdad?

Las ingenuas interrupciones de la duquesa llenaban de gozo a Luis. Ella, sin darse cuenta de los desastres que causaban sus palabras, continuó:



Novela por D. Medrano Balda

XIV

LA HAZANA DE PEDRO, EL VALEROSO

dita. Ante el silencio de Luis se volvió de pronto:

—¿Te has fijado en mis brazos? ¿Y en mis manos? —Las acercó y deslizo suavemente por la cara de Luis—. ¿Verdad que son muy finas? Mirame a los ojos. ¿Son bonitos? ¿Te gusto peinada así?

—Se incorporó y dió unos pasos—. ¿Dices que tengo buena figura? ¿No te parece que tuerzo este pie un poco hacia adentro al andar? Es de una caída ¿sabes? Me cai de chiquitina —Y sin rubor de ningún género, alzó su falda hasta la rodilla y presentó su pierna, desnuda, finísima de línea, calzada con un zapaticito de taflete. Luis cerró los ojos deslumbrado. El mayordomo, en el colmo del escándalo, hacia desesperados signos negativos. La chiquilla se bajó con presura la falda y preguntó a Luis:

—¿No está bien lo que he hecho? ¡Oh! ¡Qué vergüenza! —El mohín la puso mas encantadora. Se acercó mimosa a Luis y se arrojó a su lado, acodándose sobre los muslos del joven. —¿Me perdonas?

—Pequeñita mía, eres la más bonita y deliciosa criatura que he conocido en mi vida...

Ella, susurrando, interrumpió:

—Todavía tendré que ver a otros muchos hombres, hasta ver cual me gusta de veras. Pero si encuentro uno que me gusta mucho, mucho, ¿y no le gusto yo a él?

—Le gustarás, sin duda.

—De prisa lo dices. ¿Por qué le había de gustar? ¿Te parece que yo le podría gustar a cualquier hombre?

—A cualquiera, hasta el más exigente.

—No me digas tonterías. ¿No soy muy bajita? Siempre he soñado con ser alta, y me parece que me quedaré con las ganas.

Se había puesto de pie y giraba el cuerpo ante los ojos maravillados de Luis.

—¿Te parece que soy bastante alta?



—el afán por oír una respuesta afirmativa dió a la pregunta el tono de un ruego. Luis respondió con entusiasmo:

—Eres lo bastante alta. Eres además la más bonita mujer que yo he visto en mi vida. Tienes un cuerpo de hada, una cara de reina, una cascada de oro para cabello. Eres una diosa, pequeña, y yo estoy a punto de adorarte.

La muchacha le miró y entornó las dulces esmeraldas de sus ojos. Lánguidamente dejó caer su ruego:

—Dime, dime cosas así. Repíteme lo que me has dicho. ¡Qué bien suenan tus palabras!

Pero a Luis se le trocó el entusiasmo por la perplejidad, ante una situación tan disparatada. La muchacha seguía balanceándose, al ritmo de una música inau-

—¿Tu crees que le gustaré a mi hombre? —Y bajando la cabecita hasta ocultarla íntegramente en sus rubias gudejas, dió todavía más quedadamente: Yo quiero que mi hombre seas tu...

Luis estaba a punto de desbocar la fogosidad de sus instintos, que la muchacha desanudaba, uno a uno, de la primitiva serenidad. Y sensiblemente dejó caer sus manos sobre la preciosa cabeza. Insensiblemente iba bajando la suya, con los labios trémulos, en busca de un regalo que jamás le había parecido tan apetecible en boca de mujer alguna. La providencia puso remedio a semejante desafuero. La providencia encarnada en Pedro, que perturbó el lógico final del suceso.

Se oyeron, de repente, ruidosísimos pasos en la galería. Todos los que intervenían en la escena relatada en el último capítulo se miraron espantados, si no es Irene que permanecía arrobada en la misma postura. Pero Luis y el mayordomo, que se hicieron cargo enseguida de lo que pudiera ser causa de tan inesperado tumulto, salieron sin titubear a la puerta, al tiempo que Pedro, el infeliz criado, cruzaba por delante corriendo despavorido. Luis le llamó a gritos, pero a no tener piernas ligeras no le hubiera hecho detener en su enloquecida carrera. Cuando le dió alcance y le tomó por los hombros, el desgraciado se quedó inmóvil, resoplando con jaco, esperando, sin duda que acabaran con su vida. Costó trabajo convencerle de que tenía al propio Luis, su amo, delante, y aun así le podía articular palabra, tal era el pánico que los pasados sucesos le habían metido en el alma. Veamos qué cosas fueron estas.

Se había quedado, según hemos visto, encerrado en la cátedra, con las inmóviles contrahuechuras de los alumnos. Estaba derribado contra la puerta, muy abiertos los ojos, derregado el cuerpo, en ese indefinible intermedio de tensión y laxitud que comunica el período avanzado de borrachera. Tuvo sucesivamente ganas de gritar, de llorar, de cantar, y no se aseguraba de no haber hecho a la vez o alternativamente todas estas cosas. Pasaron los minutos con lentitud de semanas; ninguna idea acudía a su cerebro embotado; ningún instinto avivaba sus músculos anárquicos. De pronto, desde fuera se oprimió la puerta, y al sentirlo, se incorporó de golpe como si tuviera un resorte en las espaldas. Ante la puerta, que se abría con precaución, esperó en ridícula guardia. Y en el umbral apareció aquel sujeto tan pequeño de estatura como gigantesco de monstruosidad, a quien ya conocemos con su nombre y apellido, y a mayor abundamiento por las singularidades de su carácter que justifican lo que al pobre Pedro le ocurrió con él. Cuando vió a Pedro en postura defensiva, abrió las quijadas como medio palmo, presentando íntegra la fuerte armadura de sus muelas y dientes, negros y largos éstos, y su risa sonora acabó con el escaso valor que Pedro había conseguido reunir; pero cortó de repente el regocijo, se volvió a cerrar la puerta e indicó luego a Pedro, con ademán imperioso, que se sentara en el pupitre donde antes lo hizo, mientras él ocupaba la cátedra:

—Me parece demasiado imbécil —dijo quitándose las gafas y limpiándolas con cuidado, lo que puso aún más de relieve la espantosa fealdad de su rostro— para haberte metido en esta casa por tu voluntad. He pensado un poco, y me he persuadido que no has podido venir a robar, porque en tal caso no te hubieras metido en lugar donde había gente, lo que estorbaría aquel trabajo. —Carraspeó aquí, abriendo de oreja a oreja la inacabable media luna de su boca—. Demasiado imbécil para ladrón. Pero es que me parece hasta demasiado imbécil para meterse aquí —agregó levantando la voz y amenazando con su índice—, y si como me figuro te ha mandado ese petimetre del hijo de un marqués, de lo que estoy enterado, revela que es bastante estúpido si pensaba que le ibas a llevar informes de provecho. Vamos a ver si me explicas qué motivos te han traído aquí.

Como Pedro, con la mejor cara de bobo que tenía, seguía dispuesto más a escuchar que a responder, el disforme inquisidor colocó sobre la mesa un aparato de la forma de una caja prismática, semejante a un receptor de radio de los hoy usados, cuyos mandos maniobró. En el frente y al centro, la caja tenía una lente en la que, apenas manipuló los mandos posteriores, apareció una chispa, que bailoteó en el círculo, y el aparato todo comenzó a crepitar como si tuviera un pequeño motor adentro.

—He aquí —dijo el jorobado después

(Continuación)